

Sami Nair

¿POR QUÉ SE REBELAN?

Revoluciones y contrarrevoluciones
en el mundo árabe

Traducción de Samia Nassera Zini
y Hélène Fabre

Primera edición: mayo de 2013

Traducción del francés de Samia Nassera Zini y Hélène Fabre

© Sami Naïr, 2013

© Clave Intelectual S.L., 2013

Velázquez 55, 5º D - 28001 Madrid - España

www.claveintelectual.com

editorial@claveintelectual.com

Derechos mundiales. Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin el permiso escrito de la editorial.

ISBN: 978-84-940741-2-7

IBIC: JF

Depósito legal: M-13340-2013

Realización de cubierta: Javier Díaz Garrido

Ilustración de cubierta: Obra de la escultora Nisa Chevènement,

Le grand livre du temps I, 2000 © Fotografía: Rodrigo Rojas

Composición: Versal CD, S.L.

Impresión: Sclay Print, S.A.

Impreso en España. *Printed in Spain*

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	11
El asalto del cielo	17

PRIMERA PARTE

Sociedades que vienen de lejos

CAPÍTULO 1. El retorno de lo reprimido	25
CAPÍTULO 2. El reformismo imposible	29
CAPÍTULO 3. Victoria y derrota del nacionalismo	34
CAPÍTULO 4. Modernidad arriba, explosión abajo	38

SEGUNDA PARTE

De la revolución a la islamización

CAPÍTULO 1. Los actores del cambio	45
CAPÍTULO 2. Los islamistas en sintonía con el pueblo excluido	52
CAPÍTULO 3. El etos islamista	57
<i>La discordancia de tiempos</i>	<i>57</i>

	<i>Contemporaneidad y no-contemporaneidad</i>	61
CAPÍTULO 4.	Breve taxonomía de los distintos tipos de Islam	64

TERCERA PARTE

Mujeres e islamismos

CAPÍTULO 1.	¿Mujeres al amparo del autoritarismo estatal?	79
CAPÍTULO 2.	El discurso islamista (en sus diversas variantes)	84
CAPÍTULO 3.	Las Constituciones aprobadas o a debate en Túnez, Egipto y Libia	92
CAPÍTULO 4.	La situación real de las mujeres	99

CUARTA PARTE

Geopolítica

CAPÍTULO 1	¿Contrarrevoluciones dentro de las revoluciones?	111
CAPÍTULO 2.	La ruptura del eslabón libio	115
CAPÍTULO 3.	El fuego del Sahel	122
CAPÍTULO 4.	El nudo gordiano de Siria	127
CAPÍTULO 5.	El rol de Arabia Saudí y de Catar	131
	<i>Fortalezas y debilidades</i>	131
	<i>Simbiosis norteamericano-saudí</i>	135
	<i>Frente a la revolución democrática</i>	139
	<i>El «intrusismo» cataní</i>	141
CAPÍTULO 6.	¿Hacia el retorno de Egipto?	145
CAPÍTULO 7.	La gran melé	148

QUINTA PARTE

La transición conflictiva y la recuperación institucional

Capítulo 1.	Túnez	160
CAPÍTULO 2.	Egipto	171
CAPÍTULO 3.	Argelia, Marruecos	179

SEXTA PARTE

República secular o «democracia islámica»

CAPÍTULO 1.	¿Democracia religiosa?	189
CAPÍTULO 2.	¿Hacia un Estado teocrático?	195
CAPÍTULO 3.	El problema de la referencia común	201
CAPÍTULO 4.	¿Laicidad?	209
ANEXOS	213

PRESENTACIÓN

El análisis de las revoluciones que se desencadenaron en el mundo árabe durante el año 2011 no puede ser, a día de hoy, exhaustivo, pues se encuentra demasiado próximo aún a los acontecimientos y, sobre todo, porque el proceso revolucionario está lejos de finalizar. Limitémonos aquí a constatar que estas revoluciones han clausurado el ciclo instaurado tras las independencias. La característica fundamental de éste se basa en una legitimidad política asentada en el Estado y sus dirigentes (legítimos o no). Se ha abierto un periodo de transición a la vez conflictiva e institucionalizada desde 2011, que define un nuevo ciclo centrado en la *emergencia de la sociedad* como actor principal de la dinámica política y cultural. Es ésta una evolución fundamental que, a mi parecer, explica a un tiempo la disgregación de los sistemas dictatoriales, autoritarios o, incluso, formalmente pluralistas y la centralidad de la cuestión democrática en todos estos países.

Es esta evolución la que hay que poner de relieve.

De hecho, lo que se replantea con las revueltas árabes es el ciclo poscolonial que se había abierto tras la Segunda Guerra Mundial, caracterizado por la dominación de Estados autoritarios. Desde principios de la década del 2000, todos los Estados árabes entraron en una profunda crisis de legitimidad económica, política y, ahora, identitaria; algunos (Argelia, en 1989; Marruecos, crisis latente des-

de finales de los 90), explotaron antes de la revolución de 2011, otros, supieron resistir haciendo concesiones que, sin embargo, no solucionan en absoluto los desafíos planteados.

Lo que definía el ciclo poscolonial era, y en algunos países todavía es, el establecimiento, a través de estos Estados fuertes, de *sistemas políticos cerrados* que preconizan la dirección de la sociedad desde arriba, ya sea bajo la apariencia de un «desarrollismo» económico o de un liberalismo estatutario. El primero, haciendo uso del poder del Estado, somete la economía a una estrategia administrativa y formalmente planificada (en realidad burocrática), lo que ha desembocado en la formación de capas privilegiadas dependientes del poder político y de estructuras administrativas pletóricas e ineficaces; el liberalismo estatutario, por su parte, tuvo el mismo resultado, pero con mayores desigualdades sociales, un empobrecimiento severo de las capas intermedias y la formación de clases dirigentes en las que el «liberalismo» económico prospera aún más, por cuanto que está protegido por los poderes policiales.

En cualquier caso, durante estos últimos veinte años hemos asistido al agotamiento y, posteriormente, a la confluencia de estos modelos estatales. El abandono del «desarrollismo» ha abierto camino a la formación de poderes políticos de especulación y de corrupción; la adopción del liberalismo estatutario y el paso al liberalismo puro y duro ha multiplicado estos males sin ayudar realmente al desarrollo de las sociedades. Éstas se modernizan, pero la miseria se propaga, la especulación está aplastando a las capas populares, marginando a las nuevas generaciones, y la corrupción está hundiendo a toda la sociedad en una especie de vínculo social sometido por entero al arbitrio de los poderosos.

Para comprender por qué han estallado estas revoluciones, hay que tomarle las medidas al cierre del sistema social y político. De hecho, reflejan el bloqueo de la movilidad social, la marginación de las capas medias y pobres, la asfixia de las reivindicaciones que resultan de esta situación.

Durante estas dos últimas décadas, la integración social ha dejado de funcionar. Entre tanto, llegan al seno de estas sociedades nuevas generaciones jóvenes, formadas y orientadas hacia una cultura cada vez más mundializada, que se han visto afectadas de lleno por el estrechamiento del mercado laboral, e incomodadas por la llegada de la siguiente generación, bajo el efecto del crecimiento demográfico.

En torno a los años ochenta, la válvula de seguridad constituida por la emigración permitía a los Estados librarse con el menor costo de una parte importante de esta población, la más reivindicativa. Pero esta válvula fue bloqueada por la política europea de cierre de fronteras y de freno a la inmigración.

Y no se trata más que de la punta del iceberg. Pues, si desde su independencia se enriquecieron los «cabecillas» de estas sociedades, asimismo, «sus cuerpos» se vieron empobrecidos de forma dramática. Si juzgamos el desarrollo económico no por las cifras con frecuencia abstractas y engañosas del PIB y del crecimiento, sino por la integración social y la cohesión colectiva, podemos sostener que en estas sociedades, el empobrecimiento se ha reforzado por doquier en las capas populares, que se ha extendido en las (débiles) capas medias y que, incluso, se ha radicalizado en las capas rurales más marginadas. El desarrollo de la educación se ha ralentizado, el descenso del nivel en todos los sectores de la enseñanza ha alcanzado un punto tal que las capas acomodadas compiten por colocar a su proge en instituciones educativas extranjeras. El fracaso escolar se ha ampliado y los licenciados, generalmente infravalorados, están en general de plantón en las calles de las grandes metrópolis...

Esta situación da lugar a la emergencia de una sociedad de piratería, en la que la economía ilegal es la reina y los favores, unos privilegios cortejados. De hecho, se trata de la emergencia de sociedades duales, divididas, separadas, profundamente desiguales.

Así pues, el endurecimiento de las condiciones de existencia social y el incremento de las luchas por la captación de recursos económicos, se producen en un contexto de ausencia de mecanismos democráticos capaces de dotar a estos Estados de expresión política. La demanda de cambio, al ser negada, se vuelve cada día más explosiva. La única válvula que funciona es la de la corrupción y el clientelismo, y la generalización de estos dos males conduce inevitablemente a la degeneración del vínculo social.

Todas las reivindicaciones de los manifestantes –por todas partes, sin ninguna excepción, desde Marruecos hasta Yemen– ponen de relieve la temática de la lucha contra la corrupción. Ésta resume en una palabra, mejor que cualquier análisis sociológico o político, la realidad intrínseca de los sistemas políticos cerrados. La devaluación de su legitimidad política mana directamente de esta herida. Pode-

mos decir, y volveremos sobre este punto en los siguientes capítulos, que esta corrupción generalizada se convierte, en los sistemas más degenerados (Túnez, Egipto y Siria), en un *verdadero vínculo social*, es decir, en organizador colectivo de las relaciones sociales.

Esta situación se ha vuelto insoportable para la mayoría de la población –mientras que en la esfera política se rumorean las maniobras de especuladores y militares. En general, aquellos que no entran en el sistema de la corrupción son apartados sin miramientos, políticamente marginados, condenados al silencio o al exilio.

Este cuadro puede proporcionar una imagen, *mutatis mutandis*, del conjunto de las sociedades poscoloniales arabo-islámicas, después de que las tentativas de «desarrollo», de «socialismo específico árabe», de nacionalismo antiimperial, de liberalismo, se evaporaran al entrar en contacto con los sistemas económico y político mundiales.

La desilusión tiene como telón de fondo a unas clases dirigentes poco numerosas y tanto más empeñadas en defender sus prebendas; unas capas medias débiles y nuevas capas del sector servicios desprovistas de una identidad social estable; unas clases obreras empobrecidas (Marruecos, Egipto, Yemen –o remotamente clientelizadas por el poder, gracias a la ayuda de sindicatos conciliadores– Túnez y Argelia).

La crisis de legitimidad política de estos Estados tiene lugar a partir de los años 1980. El fracaso es áspero; se ve incrementado por una variable que estos poderes no logran controlar: la emergencia de medios de comunicación de masas –televisiones, antenas parabólicas, Internet y, finalmente, para colmo, los teléfonos móviles en los años ochenta– armas temibles por hacer estallar el monopolio de la comunicación, hasta entonces en manos de los poderosos. En adelante, desnudos, los sistemas políticos entrarán en crisis irremisibles.

La explosión social sobreviene como un trueno en un cielo de por sí terriblemente cargado. Está revestida de acontecimientos trágicos: inmoliciones de jóvenes en Túnez, Marruecos, Argelia y Siria. Nunca se había visto algo parecido en el mundo árabe, ni siquiera durante la época de la colonización. La desesperación debía de ser grande...

Las transiciones que se inician son ya elementos de este nuevo ciclo, que hace que las sociedades se presenten como actrices de su destino. Estas transiciones son caóticas, contradictorias, conflictivas

y pueden desembocar en los precipicios de las sociedades sin tradición democrática. Pero son inevitables y, sobre todo, necesarias de este modo, es decir, a través del enfrentamiento democrático. Colocan a las sociedades ante sí mismas, y, después de todo, así es como la democracia se enraizó en las viejas sociedades europeas. No se puede ahorrar el tiempo necesario para el aprendizaje democrático, y si las élites de estos países pretextaron durante tanto tiempo que los pueblos no estaban lo suficientemente «maduros» para la democracia, era en realidad porque no estaban dispuestas a ver a estos pueblos, todavía en harapos, meter las narices en los asuntos de aquellos que hablaban en su nombre.

Así pues, el periodo que se abre es peligroso y no tiene ninguna garantía de éxito. La democracia experimentada en Túnez, Egipto y Libia puede acabar siendo devorada por aquellos que actualmente se benefician de ella para acceder al poder. La sociedad, tal y como se presenta, está muy polarizada; fuerzas democráticas, laicas, demográficamente minoritarias, pero cultural y económicamente poderosas, se enfrentan a partidos políticos conservadores, portadores de una visión teocrática del mundo y de una concepción de la sociedad más comparable a aquella de los partidos fascistas de los años treinta en Europa que a las democracias cristianas modernas.

La salida es incierta, pues depende de un actor principal, que irrumpe por primera vez en el campo político: se trata de las capas populares marginadas, las fracciones asalariadas más dominadas, los jóvenes parados de las ciudades y de los campos, que pueden, en adelante, hacer oír sus voces, porque los sistemas cerrados o bien han desaparecido o bien se han visto obligados a escuchar.

Los desafíos están perfectamente claros en todas partes y además son idénticos: desarrollo económico generador de integración social, igualdad hombre-mujer, como zócalo fundamental de la modernidad; separación del espacio público del privado, lo que significa no sólo la distinción entre interés particular e interés general, sino también libertad de conciencia, por lo tanto, separación entre religión y Estado. En una palabra, la puesta en marcha del Estado de derecho.

Éste es el inmenso continente que la gran cesura de 2011 ha introducido en el imaginario del mundo arabo-islámico. Este libro muestra el camino seguido para llegar hasta allí, los conflictos repri-

midos y que hoy día afloran, las razones por las que los islamismos revisten aspectos de «movimientos mesiánicos» en el proceso democrático en curso. Lo que se pretende con la reflexión aquí emprendida es, en realidad, aclarar las principales cuestiones de las actuales confrontaciones.

He tratado de mantenerme a cierta distancia del tema, al menos en cuanto al método, para hacer entender de la forma más objetiva posible sus articulaciones fundamentales, especialmente en cuanto al significado del «islamismo» político, que no confundo con la religión islámica. Este fenómeno histórico-cultural me parece un verdadero peligro para estas sociedades, pero de nada sirve condenarlo abstractamente, pues de lo que se trata es de saber porque estas sociedades caen bajo su imperio y cómo combatirlo. Finalmente, no pretendo haber sido siempre capaz de mantener esta distancia comprensiva, asumo la toma de partido que, a veces, guía mi pluma –pues ¿cómo permanecer indiferente cuando las sociedades emprenden el combate por su libertad?

EL ASALTO DEL CIELO

Probablemente sea demasiado pronto para pretender explicar las causas profundas de la revolución en curso en el mundo árabe. Ayer se nos presentaba bajo el rostro de millares de jóvenes que desafiaban pacíficamente a las dictaduras y conseguían derribarlas en nombre de valores seculares y modernos; hoy, salen de las urnas mayorías religiosas conservadoras y proyectos de sociedad que parecen sacados de otra época.

Sin embargo esta revolución era esperada. Tenía que surgir en un momento u otro, pues el mundo árabe no podía permanecer indefinidamente al margen del gran flujo democrático que sacude al planeta tras el fin de la bipolaridad norteamericana-soviética. La caída del Muro de Berlín hizo doblar las campanas por este mundo bipolar; la revolución democrática árabe, que comenzó en el pequeño Túnez, representa en realidad un momento crucial de consecuencias por ahora imprevisibles. Permite que pueblos, que han estado dominados siempre por sistemas autocráticos, se unan a los movimientos de democratización de la década de 1980 en América Latina y de los años 1990 en los países de la Europa del Este. Esta entrada «forzada» en la historia, impuesta por los propios pueblos, constituye una profunda modificación de las conciencias.

La historia real, la que hacen los pueblos y no los comentaristas, se vistió de una trágica túnica en una pequeña población del suroeste

de Túnez. La inmolación del joven Mohamed Bouazizi, el 17 de diciembre de 2010 en Sidi Bouzid, fue la chispa que encendió la planicie¹. En todas partes, desde Marruecos hasta Yemen, tembló la Tierra. Súbitamente se estremecieron países enteros. Hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, que no estaban acostumbrados a juntarse, invadían las calles y las plazas, y en transcurso de algunas semanas expulsaban a dos dictadores, Zine el Abidin Ben Ali en Túnez y Hosni Mubarak en Egipto: el primero, tras veintinueve días de protestas pacíficas a pesar de la represión; el segundo, después de dieciocho días de ocupación de la plaza Tahrir en El Cairo, y a pesar de los asesinatos cometidos por su policía contra los manifestantes civiles desarmados.

No fue en nombre de valores del pasado, de versículos religiosos o de representaciones ideológicas por lo que luchaban estos jóvenes surgidos de las sombras, sino ceñidos a la bandera de los valores ciudadanos de la libertad, la solidaridad y el respeto a la dignidad de cada persona. Esto es lo que contiene la fuerza y el carácter ejemplar de estas revoluciones. Y por ello tuvieron un eco sin precedentes en todo el mundo árabe, que empezó a vibrar al ritmo del diapasón de tunecinos y egipcios.

En febrero de 2011, Libia se incorporó a la misma tormenta con las mismas consignas; luego lo hizo Siria, a partir de marzo, mientras que la pólvora se extendía desde Marruecos hasta el sultanato de Omán. La onda alcanzó a todos los países árabes de forma más o menos contundente y hasta en Sudán se vieron manifestantes con el mismo repertorio de reivindicaciones.

¿De dónde venía este grito? ¿Por qué ese repentino e irreprimible valor a la hora de afrontar la muerte? ¿Cómo han podido durar tanto estas dictaduras y hacia dónde van estas olas de la historia en movimiento? Más aun, ¿cómo explicar que, una vez instaurada la democracia, estos grandes levantamientos hayan llevado a la victoria de fuerzas religiosas conservadoras, a veces simple y abiertamente oscurantistas? ¿Es compatible el nuevo régimen, por primera vez fruto de la libre expresión de la voluntad popular, con la democracia, es decir, con un contrato ciudadano establecido libremente? O ¿destruirá esta misma democracia, esta misma libertad?

¹ Cf. Sami Naïr, *La lección tunecina. Cómo la revolución de la Dignidad ha derrocado al poder mafioso*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2011.

Para estas preguntas cruciales no hay respuestas sencillas. La historia de los pueblos ha sido hurtada, inverosímil: no hay una ley *a priori*, raramente obedece a un designio predeterminado. Por ello es imprescindible seguir las razones de la revuelta, sus avances y retrocesos, y consagrarse en todo momento a desentrañar los profundos mecanismos políticos y culturales que la han producido. Pero también es importante señalar la profunda unidad de estas revoluciones por encima de lo que en cada caso las diferencia. En efecto, hay una condición histórica y de experimentación política entre todos los pueblos que, de Marruecos a Yemen, se han sublevado. ¿Podemos imaginar una revolución que estalle en Francia, siga con las mismas consignas en Alemania, se extienda a Gran Bretaña y finalmente toque, poco a poco, a todos los países europeos, siempre en defensa de las mismas aspiraciones y reivindicaciones? Europa vivió, en los siglos XIX y XX, este tipo de contagio político, de la misma forma que está surgiendo en la actualidad en el mundo árabe.

Se puede comparar esta extensión de las revueltas a la que se produjo en los países de la Europa del Este cuando se desmoronó el imperio soviético. Lo que caracterizaba a estos pueblos, más allá de sus diferencias lingüísticas y culturales, era la sujeción a un sistema dictatorial impuesto desde el extranjero. Pero lo que identifica a los pueblos árabes que se han levantado es algo incluso más fuerte: su pertenencia a una lengua, una religión, una historia comunes, y la misma sujeción a idénticos regímenes de opresión.

El sistema político que ha prevalecido y prevalece aún en la mayoría de estos países ha estado y está todavía *fuera* de la democracia. También es un eufemismo para designar una cruel realidad: un poder político basado principalmente en la represión, en el que los derechos humanos fundamentales eran, y lo son todavía en algunos de ellos, pisoteados sistemáticamente. En cierta manera, el hecho de que los dictadores libio o sirio no dudaran en bombardear a la población civil, que transformaran los conflictos de legitimidad política y las reivindicaciones democráticas en luchas intertribales e interconfesionales, muestra hasta qué punto estos regímenes estaban basados exclusivamente en la fuerza.

Ahora bien, el mundo ha cambiado. Desde los años del siglo XX estos sistemas se han quedado desnudos; no tienen ninguna justificación ideológica para legitimar su autoritarismo. Han fallado en

todo: economía, democracia, construcción del Estado. Se han convertido en un anacronismo: expuestos a las denuncias de las organizaciones internacionales, precursores de los integristas más violentos, estos Estados son incapaces de afrontar las mutaciones culturales y políticas engendradas, para bien o para mal, por la actual globalización. Dentro de cada uno de ellos, por doquier, surge la protesta multiforme.

La explosión tunecina ha convulsionado la historia moderna del mundo árabe. Al plantear la cuestión de la democracia ha puesto a la luz del día un inmenso campo de problemas no resueltos y de nuevos temas que hay que afrontar. Ahora es el mayor reto de los procesos revolucionarios en curso, pues la revolución democrática no es en realidad más que un primer paso en el proceso de emancipación de las sociedades. Debe desembocar en formas de Estado que la protejan y aseguren su perennidad. Esto implica una aclaración de lo que está en juego y, sobre todo, el rechazo de la «ilusión democrática» en sí, puesto que la democracia no lo resuelve todo. Es en esencia una forma de gestión de conflictos de la sociedad, un método de gobierno de las sociedades. No es un fin en sí misma. Si debe conducir al autoritarismo e, incluso, como en el caso de Europa en los años veinte y treinta del siglo pasado, al fascismo y al nazismo, se convierte en una catástrofe para los pueblos. Es por esto que la democracia debe estar garantizada por instituciones fuertes, por un Estado responsable, que asegure la protección de las minorías y haga prevalecer los principios fundamentales de igualdad de derechos entre los ciudadanos. Sin una *República neutra*, tanto en relación con las ideologías como con las religiones, no hay democracia digna de este nombre. Es el desafío histórico al que las revoluciones árabes se enfrentan.

A lo largo de este libro subrayo en varias ocasiones la perversión del lenguaje que los ideólogos de pacotilla utilizan para poder engañar mejor a los pueblos: la «democracia islámica» y, peor aún, la «república islámica» son formas mortales tanto para la democracia como para la república, puesto que tanto una como otra exigen el debate libre, la autonomía del ciudadano. Someter a una y otra al atributo religioso es pervertirlas de entrada. La única forma de lograr una confluencia entre estos dos términos es precisamente establecer una

democracia republicana, es decir, una forma de gobierno de la sociedad que proteja los derechos individuales del ciudadano de cara a las ideologías y a las creencias colectivas.

No es fácil aceptar este desafío, pues las sociedades en cuestión siguen siendo portadoras de unos poderosos rasgos arcaicos. Las fuerzas que dormitaban en su seno han sido despertadas por la revolución y pueden, incluso «democráticamente», conducir a estas sociedades al desastre social y cultural. Asimismo, no faltan demagogos y aprendices de brujo para justificar lo injustificable, y para utilizar estos arcaísmos con el único fin de conquistar el poder. Nuevas formas de desigualdad pueden ser introducidas entre hombres y mujeres, creyentes y ciudadanos, que transformarán estas revoluciones en pesadillas para las fuerzas más vivas de la sociedad. Es necesario saberlo y combatir con el rigor más extremo estas tendencias. Éste es el único modo de mantenerse fiel al contenido auténtico de la revolución democrática, que ha sido, para estos pueblos, un verdadero asalto hacia el cielo de la libertad y del progreso.

PRIMERA PARTE

Sociedades que vienen de lejos

EL RETORNO DE LO REPRIMIDO

Por primera vez en su historia, la revolución democrática en el mundo árabe está obligando a las sociedades a mirarse de frente, sin intercesor, sin mediación, sin tutor que encarne la Verdad desde las alturas de su poder. Hasta aquí, ha habido muchas «barreras sobre la realidad» (Freud) que evitaban interrogarse sobre uno mismo. Imperialismo, colonialismo, Occidente, dominación extranjera, sionismo, todo era bueno para volcar hacia el exterior los bloqueos de uno mismo, los arcaísmos, las heridas profundas que incidían y paralizaban a estas sociedades. Los adornos eran a menudo de oro, puesto que estos bloqueos y estas cómodas explicaciones se sostenían sobre la base de la nostalgia de una civilización ilustrada que se había perdido. Pero la realidad se batía al ritmo de la violencia de las relaciones sociales, de la dominación policial y militar, de la «caporalización» de las sociedades entregadas a «elites» generalmente incapaces pero muy hábiles a la hora de apropiarse de las funciones de dirección.

La derrota de los regímenes tunecino, egipcio, libio ha hecho saltar esta tapadera. Y he aquí que finalmente, merced a la democracia, aflora el fondo. Y ese fondo ha estado oculto durante mucho tiempo. Nunca ha podido expresarse libremente. El periodo precolonial diseña sociedades ya anquilosadas, feudales y tribales, presas de la espiral constantemente reproducida de la decadencia que comienza a finales de la Baja Edad Media y continúa hasta la conmoción colo-

nial del siglo XIX. Política y socialmente, un señorío dirigente aristocrático, unas relaciones de dominación y de servidumbre, unos segmentos fragmentados de la clase de los comerciantes, ciudadana y portadora de una cultura a un tiempo mercantil y pragmática, un campesinado, –desde el *Khemass* esclavizado (obreros acemileros del campo) hasta los grandes propietarios de la tierra y a los jefes de las grandes «tiendas»–, todo está recubierto de una ideología religiosa islámica arcaica que funciona como «ideología espontánea». El sentido común, los usos y costumbres, están impregnados de esta visión del mundo religiosa, a su vez reforzada por sistemas jurídicos con frecuencia coactivos.

En estas sociedades es difícil separar lo que corresponde a la fe, a la ética cotidiana, a la ley jurídica, a las costumbres y usos específicos de tal o cual comunidad. Todo parece imbricado, y esto es lo que explica el papel tan lancinante de la referencia religiosa en los comportamientos y en las representaciones.

La colonización, bajo sus diversas formas, ha dislocado esta totalidad anquilosada, pero sin hacerla desaparecer. Ha actuado de forma distinta según fuera francesa o británica, engendrando además mecanismos de defensa y de reapropiación que corresponden a las propias estructuras de las que es portadora. De esta forma, el Magreb estará condicionado, hasta en sus nuevas identidades, por la colonización francesa, y, en consecuencia, por el etos republicano, mientras que el Machrek, a excepción del Líbano, reaccionará más en función del tropismo cultural anglosajón. Al mezclar las estructuras internas de estas sociedades, la colonización ha modificado sus contenidos, e incluso ha creado otros nuevos, reprimiendo y comprimiendo la mayor parte de sus rasgos distintivos¹.

¹ Para el Magreb y el Machrek, véase Jacques Berque, *Le Maghreb entre deux guerres*, Edit. du Seuil, París, 1962. Yadh ben Achour, *Aux fondements de l'orthodoxie sunnite*, Presses Universitaires de France, París, 2008. Jacques Berque, *L'Égypte. Imperialisme et révolutions*. Gallimard, París, 1967, *Le Maghreb...op. cit.*, también Augustin Berque, *Écrits sur l'Algérie*, Edisud, 1986. Mohammed Harbi ha sido pionero en este trabajo de reflexión sobre la relación entre lo rechazado y la lucha política por la independencia en Argelia: *Aux origines du FLN. Le populisme révolutionnaire en Algérie*, 1975; véase también Gilbert Meynier, *L'Algérie révélée*. Librairie Doz, Paris-Ginebra, 1981. Sobre los comportamientos, véase el clásico de Albert Memmi, *Portrait du colonisé* precedido de *Portrait du colonisateur*, Éditions Correa, París, 1957 [Traducción española: Albert

La colonización se superpone a estas estructuras profundas, mina su interior y las domina desde el exterior. La civilización que resulta de ello es una especie de obra escrita por el colonizador en la que el «indígena», el colonizado, es, en el mejor de los casos, una comparsa de segunda clase, y en el peor ni siquiera existe².

¿Significa esto que la colonización no fue otra cosa que un «genocidio» en marcha? Nos vemos tentados a pensarlo así a la vista del terrible rodillo compresor y del «ninguneo» cultural y humano del Otro, tanto en la práctica como en el discurso colonial. En este sentido, el caso de Argelia es un caso límite. Sin embargo, hay que traspasar esta primera denuncia: la convulsión creada por el choque colonial permitió *despertar* a estas sociedades, incluso aunque este despertar necesitara décadas para tomar conciencia de sí mismo. La «positividad», siempre y cuando no se tome esta palabra como un arma dirigida a legitimar en segunda instancia la colonización, está en que ella misma ha producido su propia negatividad. Toda «aportación» de la colonización presentará por el mismo movimiento su cara oscura. Incluso las capas colonizadas que se han tomado al pie de la letra el discurso emancipador colonial, en especial el principio de igualdad –los jóvenes argelinos, tunecinos, marroquíes³, egipcios, sirios– se han dejado la piel en la realidad del sistema colonial⁴: nunca accederán a esta igualdad, salvo que renieguen de ser «árabes y musulmanes»⁵.

Esta incompreensión es a su vez el producto de un rechazo inicial: y es que el imperialismo y la colonización no sólo han dominado estas sociedades, sino que sobre todo han hecho imposible cualquier *evolución interna de la relación colonial*: han impedido el

Memmi, *Retrato del colonizado*, precedido por *El retrato del colonizador*, Argentina, 1996].

² Véase los trabajos de Benjamín Stora, que restituye estas memorias cruzadas y aversivas en lo que tienen de más incisivo.

³ Véase Charles Robert Ageron, *Les algériens musulmans et la France (1871-1919)*. Presses universitaires de France, 1968 y Charles-André Julien. *Et la Tunisie devint indépendante, 1951-1957*. Éditions Jaguar/Jeune Afrique, 1985, etc.

⁴ Véase el análisis «fenomenológico» de esta situación en Jean Paul Sartre, «Le colonialisme est un système», en *Colonialismo y neocolonialismo*. Losada. Buenos Aires, 1965.

⁵ Jacques Berque, en *Le Maghreb entre deux guerres*, *op. cit.*, en el capítulo titulado «Lo que Francia ignoraba en estos países» ofrece una lúcida y amarga descripción de este trágico callejón sin salida.

desarrollo de una solución reformista dentro del sistema. Es trágico constatar, con la distancia histórica, que por ejemplo Argelia, sociedad en la que la colonización fue más brutal y profunda, generando una aculturación-deculturación casi patológica de las poblaciones sometidas, es el país en el que la solución reformista, es decir, el acceso de la mayoría árabe-bereber-musulmana a la igualdad republicana, sufrió el fracaso más violento debido a la propia relación colonial. Ahora bien, probablemente este sea el país en el que, como consecuencia de un inmenso trasplante de valores del colonizador hacia el colonizado, la solución reformista podía haber tenido más oportunidades de triunfar⁶. Y haber logrado una liberación sin el precio de tanta sangre y tantas tragedias humanas...

Si en otros lugares el intento de destrucción cultural de las poblaciones sometidas no ha sido tan categórico, no deja de ser cierto que la sobreimposición cultural imperial-colonial, por doquier, ha reprimido, ocultado la identidad de las sociedades dominadas. Esta relación es la que ha obligado a estos pueblos a replegarse sobre sí mismos, a enroscarse en sus estructuras fundamentales para convertirlas en fortalezas indestructibles.

Toda la historia identitaria del mundo árabe-islámico-mediteráneo durante la época colonial, a diferencia de la de la península arábiga del Golfo, yace en este repliegue, y en la introspección que cada uno hace a partir de este repliegue. Para afrontar la comprensión procedente del exterior, los pueblos se respaldan en su fondo arcaico, oponen al principio una resistencia pasiva y después cada vez más activa, hasta que toman conciencia de la inhumanidad de esta discriminación.

La guerra abierta será el trágico desenlace de todo esto.

⁶ Véase para Argelia, Charles Robert Ageron, *Les Algériens musulmans et la France*, 2 volúmenes, Presses Universitaires de France, 1968; sobre todo el volumen 2, pp. 1030-1055; Mohamed Harbi ha analizado con gran clarividencia la puesta en marcha de esta lógica de guerra en el nacionalismo argelino, véase, *Aux origines du FLN. Le populisme révolutionnaire en Algérie*, op. cit. Para Túnez y Marruecos, ver las obras de Charles André Julien.

Es interesante señalar aquí la diferencia con la situación egipcia, que de entrada se coloca, a causa del potente fondo cultural árabe, no en una lógica de reconquista de la identidad sino en la entrada específica en la modernidad. Véase Jacques Berque, *L'Egypte. Imperialisme et révolutions*, op. cit., y desde otro punto de vista, Anouar Abdelmalek, *Idéologies et renaissance nationale, L'Egypte moderne*. Anthropos, París, 1969.